

LUCAS Y LA CASA LUMINOSA



Diputación
de Córdoba



MADRE CORAJE

Había una vez un niño llamado Lucas. Tenía siete años, una bicicleta roja con timbre de dinosaurio... y una costumbre muy peculiar: dejaba todas las luces de su casa encendidas.



Sí, todas. Desde que se levantaba hasta que se acostaba.

La luz del pasillo... encendida.

La del baño... también.

La lámpara de su habitación, incluso cuando salía a jugar... ¡encendida!

Y lo más curioso: ¡dejaba encendida la luz del armario donde guardaba sus calcetines!



— “Así todo se ve mejor” — decía Lucas — “No quiero que nada esté oscuro.”

Su madre le repetía cada día:

— “Lucas, ¡tienes que apagar la luz cuando no la estás usando!”

Y él, encogiéndose de hombros, respondía:

— “¡Bah! Total... solo es una lucecita más...”

Lo que Lucas no sabía es que esas lucecitas juntas... estaban cansando al planeta.

Una noche, justo cuando se fue a dormir, empezó a notar algo raro.

El aire en su habitación estaba muy caliente.

Las bombillas del techo parpadeaban.

Zzzzz... clac... clac...

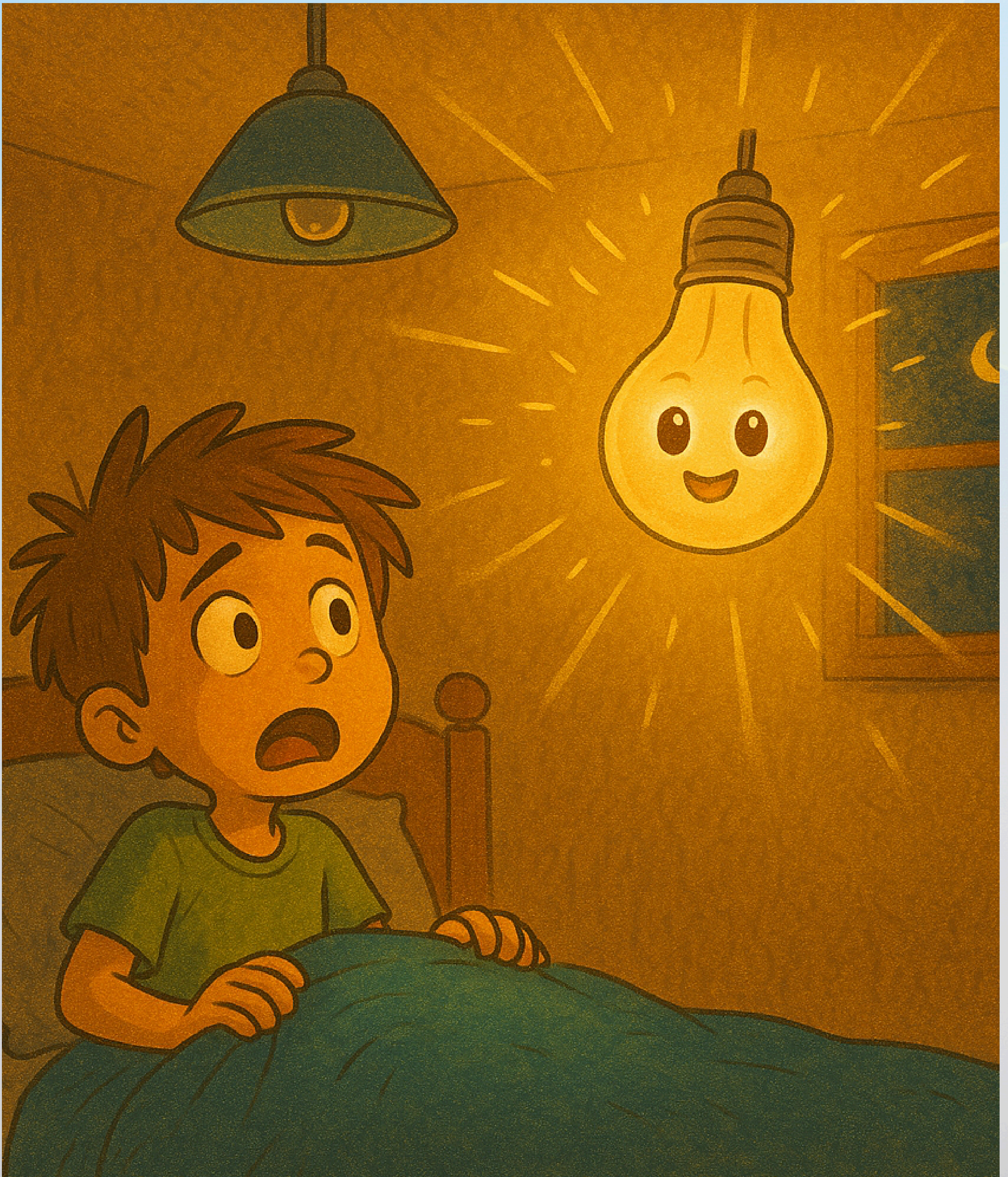
Un zumbido extraño llenaba el silencio.

Y de pronto... ¡PUM!

Un resplandor dorado iluminó la habitación.

Lucas abrió los ojos de golpe.

Del centro de la lámpara bajó una bombilla mágica flotante,
con ojos brillantes y una boca pequeñita.





Y sin darle tiempo a pensar, Lúmina giró sobre sí misma y lanzó un destello.

¡ZAS!

Lucas y Lúmina salieron volando por la ventana, ¡como si fueran luces viajando por el aire!

Primero llegaron a un bosque oscuro.

Lucas vio árboles caídos, animales asustados, y humo en el aire.

Después volaron sobre el mar.

Lucas vio botellas, latas, bolsas flotando entre los peces.

— “Esto pasa cuando no reciclamos ni apagamos lo que no usamos,” dijo Lúmina.





Y luego, cruzaron una ciudad con luces encendidas incluso a plena luz del día.

— “¿Y todo esto... también contamina?” — preguntó Lucas.

— “Sí, Lucas. Cuanto más usamos sin necesidad, más daño hacemos. El planeta no tiene un interruptor mágico para descansar...”



De vuelta en su cama,
Lucas despertó justo
cuando salía el sol.
Miró a su alrededor...
Y ¡apagó todas las luces!
Clac, clac, clac...
Hasta la del armario.

Desde ese día, Lucas se convirtió en el Guardaluz del Planeta.
Iba por casa, por el cole, por la calle...
recordando a todos que cuidar el mundo empieza por cosas
pequeñas... como apagar una luz.

